

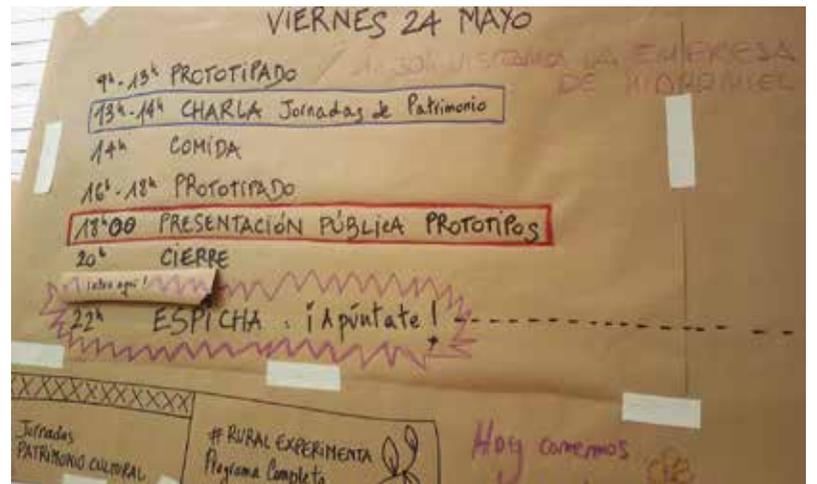
Desmemoria rural

Eva Martínez Álvarez

URL de la contribución: <http://www.laortigacolectiva.net/revista-la-ortiga-132-desmemoria-rural-mentoría-rural-experimenta/>

Las líneas que siguen contienen toda la subjetividad de mi memoria, selectiva con aquellos temas o experiencias que me atraviesan e interpelan, y mucho más olvidadiza con las tareas que no me entusiasman.

No he querido (tampoco he sabido) ordenar el relato a partir de una cronología, unos objetivos o procesos lógicos. Este ha sido un intento de escritura 'fragmentada' que reproduce la forma en que he ido recordando y contando la experiencia. O la mezcla de experiencias, distantes en el tiempo, pero con la práctica común ambas. En 2019 participé como coordinadora del primer Laboratorio de experimentación rural, organizado en Santu Adrianu (Asturies). Y en 2020 tuve la suerte de volver a colaborar, esta vez como mentora, en Rural Experimenta II, celebrado de forma virtual en el valle de Campoo (Cantabria), para tristeza de las participantes que no pudimos acercarnos a conocer el territorio ni a compartir la experiencia con las compañeras de La Ortiga Colectiva.



Fragmento 1. El lenguaje de lo rural

“La mirada urbana ha escrito la historia. Ha determinado lo relevante y lo memorable. Ha definido a qué nos referimos cuando hablamos de cultura.”

Marc Badal, *Vidas a la intemperie*

¿Qué es *lo rural*? ¿Qué papel tiene en cada uno de vuestros proyectos? Llorián García, compañero de La Ponte y mediador, lo dejó escrito en uno de los paneles colectivos y con ese pequeño gesto cuestionó nuestra mirada, y lo que no decíamos. La idea de incorporar la conceptualización de lo rural como una casuística específica, capaz de propiciar innovación desde sí misma debía estar presente en el Laboratorio desde el principio. Así lo sentíamos cada vez que éramos interpeladas sobre la propuesta o los objetivos de *Rural Experimenta*. Y sin embargo, la innovación no se piensa desde los lugares de la memoria. La memoria es el pasado, las formas de vida olvidadas, los territorios sin futuro... El mundo rural en vías de desaparición, la España ‘vaciada’, la Asturias *n’estinción*.

Como señala Marc Badal en la cita que encabeza este fragmento, son las ciudades las que determinan y definen. Esta dicotomía entre rural y urbano, entre el lugar donde se gesta la idea y el que la experimenta atraviesa nuestras reflexiones y nuestro trabajo en la coordinación del primer laboratorio rural. La propuesta inicial tomaba como modelo los talleres de producción colaborativa de Medialab-Prado, *orientados a facilitar la cooperación entre personas para el desarrollo de proyectos culturales de carácter experimental y*

la creación de nuevas comunidades de aprendizaje y de práctica que llevan a cabo esos proyectos. El factor diferencial que supuso el cambio de contexto, del medio urbano en el que se desarrollan habitualmente los proyectos de Medialab, al rural en el que tuvo lugar este, supuso una labor de readaptación necesaria e incompleta.

Si bien el punto de partida era el de romper las distancias y establecer vínculos, la realidad mostró que existían muchos puntos de fricción entre lo urbano y lo rural, y la propuesta original del Laboratorio. Desde el uso del lenguaje, empleado en espacios académicos o en círculos que manejan claves propias, hasta la concepción de los tiempos vitales, que no contemplaba los dedicados a cuidar a las personas o a los animales. De la ocupación de los espacios a la extracción de conocimientos y saberes. O la reflexión sobre lo que permanecerá en el espacio comunitario tras la experiencia del Laboratorio.

El lenguaje de *lo rural*, si es que hay algo que podamos denominar así, está pegado al territorio. Se compone no solo de las palabras que nombran sino de los ritmos y los silencios. Establecer vínculos supone también escuchar con atención. El lenguaje de lo rural va desapareciendo como el humo en el aire. Apenas nos damos cuenta y ya hay un silencio más, otra palabra que pierde el significado, que nadie vuelve a decir.

Los Laboratorios rurales, con su hacer experimental e imperfecto, podrían (¿deberían?) asumir un compromiso que trasciende, creo, el objetivo inicial de cooperación y desarrollo de proyectos culturales, de creación de comunidades de aprendizaje. Y este sería el de crear lazos reales entre lo urbano y lo rural, escuchar las voces que van desapareciendo y sentirse profundamente interpelados por ellas. Ser reflejo de las comunidades rurales que acompañan.

Fragmento 2. El formato PechaKucha

Las dudas no nos abandonan desde que comenzamos a imaginar este encuentro de cinco días y cincuenta personas. La propuesta metodológica de los Laboratorios de experimentación no acaba de tener un aterrizaje claro para algunas de nosotras. ¿Qué es la 'cultura del prototipado'? ¿Demasiado concepto para el contenido real que vamos intuyendo? ¿Cuál es la mejor manera de abordarlo? ¿Hay más de una?

'Prototipo' y 'proyecto' se mezclan en nuestro lenguaje. A veces parecen ser sinónimos, otras opuestos. Me siento como en un examen que solo he preparado a medias, en una improvisación de respuestas a preguntas que aún no me he hecho. ¿Y las respuestas que sí tenía preparadas?

La comunicación con Patricia Domínguez Larrondo, compañera de Medialab y enlace imprescindible durante todo el proceso, es constante y llena de interrogantes por mi parte. En uno de nuestros intercambios, y en relación con la exposición final de los prototipos, me dice que el formato que usan en Medialab es el Pechakucha. ¿Usaremos el mismo? Me entra el pánico... ¿Pecha qué?

Cuatro días de trabajo, experiencias vitales diversas, objetivos, lenguajes, recursos... todo un revoltijo imperfecto y en una corriente de continua energía fluyendo de una persona a otra, de un grupo a otro. Potencialmente explosivo. Hay momentos en los que nos parece imposible llegar al final con algún resultado palpable. Nos dejamos llevar por las urgencias y pedimos un esbozo del trabajo hecho hasta ahora (solo llevamos un día). O nos relajamos y partimos en busca del contexto, vamos a 'tocar la tierra', a hacer inmersión en los ritmos vitales del pueblo.

Un prototipo es la respuesta concreta a un problema concreto. Inacabado, abierto, colaborativo, experimental. Eso dice la teoría, y aquí vamos de lo abstracto a lo concreto y viceversa. Nos perdemos

en un pequeño detalle de un problema sin resolver y olvidamos el objetivo final. Con el reloj corriendo y la intensidad de cada jornada. El camino construido en un día se deshace al siguiente y casi -casi- volvemos al punto de partida.

Sin embargo, al final del proceso cada una ha encontrado su respuesta concreta. Asistimos a la presentación de los prototipos como si de una actuación de magia se tratase. No solo es asombrosa la creatividad de toda esta gente, sino la capacidad de condensar en los minutos que dura cada intervención la experiencia intensa que hemos vivido juntas. Es emoción en estado puro. Un privilegio haberlo compartido.





Fragmento 3. ¿Y si llueve?

El Ecomuséu de La Ponte está, física y emocionalmente, en Santu Adrianu, un pequeño concejo de la región central de Asturias. Este territorio conserva un marcado carácter rural, conformando un paisaje de media montaña en el que se alternan las praderías de las pendientes con las tierras de labor de las vegas y los espacios de monte de las tierras altas. Su escasa población se concentra en torno a pequeñas aldeas como Villanueva, Castañéu'l Monte, Tuñón o Llavares, que albergan un rico patrimonio etnográfico y cultural: casas tradicionales, hórreos, paneras, lavaderos, molinos hidráulicos, iglesias prerrománicas y románicas, gastronomía... junto con otros elementos como cuevas prehistóricas, antiguos castillos con sus leyendas o caminos medievales, que vertebran el paisaje.



En 2012 se pone en marcha La Ponte-Ecomuséu. El proyecto surge gracias a un grupo de vecinas y vecinos que intentan hacer de este entorno rural un medio de vida desde su formación y ámbito profesional, demostrando que el desarrollo sostenible y el futuro del medio rural no sólo son posibles, si no también tremendamente necesarios. La vocación de La Ponte es servir a la comunidad y contribuir a un desarrollo endógeno y sostenible, interpretando y divulgando, a la vez que conservando, el patrimonio cultural del concejo, y dándolo a conocer a través de distintos *itinerarios culturales*.

Decíamos antes que la innovación no se piensa desde los lugares de la memoria, sin embargo La Ponte también trata de innovar aplicando ese acervo acumulado en la gestión de nuevos bienes comunes como el patrimonio histórico y cultural.



Estos años de trabajo han supuesto un continuo esfuerzo de supervivencia, adaptación e imaginación. Así que la propuesta de *experimental* aquí el primer laboratorio rural tenía todo el sentido.

En línea con nuestro proyecto desde, con y para lo rural, esta experiencia suponía un paso más para hacer visibles las posibilidades del

entorno que habitamos, capaz de conservar las huellas del pasado, pero también de imaginar y diseñar el futuro.

El último año ha cambiado radicalmente la situación. La vuelta al campo se ha convertido en objetivo a medio plazo para muchas gentes que ven cierta seguridad en un entorno menos saturado y por ello menos 'contaminado'. No parece ser esta una vuelta a los orígenes de una vida sencilla, adaptada al entorno y, por tanto, más sostenible, pero quizá nos estamos adelantando en nuestras suposiciones. El tiempo dirá si este retorno supone una nueva oportunidad para territorios al límite de la desocupación, o si esa búsqueda de lo rural implicará una urbanización a marchas aún más forzadas para asumir las demandas de las nuevas habitantes.

Las compañeras de La Ortiga, junto con las organizadoras de *Rural Experimenta II*, se han encontrado respondiendo ya a esta nueva realidad. La imposibilidad de realizar el Laboratorio en el valle de Campoo, como estaba previsto, ha supuesto un reto más en la creación de espacios colectivos de innovación. Sin duda hemos perdido la parte relacional, corpórea, fundamental en la experiencia. Pero también se han construido nuevas herramientas de trabajo y comunicación. Y la sensación, muy real, de comunidad más allá de la pantalla.

En 2019, en el panel de trabajo de uno de los grupos aparecía esta pregunta: *¿Y si llueve?* La espontaneidad y la adaptación han sido dos de las constantes con las que hemos trabajado en las ediciones de *Rural Experimenta*. Si llueve habrá que buscar un refugio, construir un paraguas o arriesgarnos a empaparnos...



Fragmento 4. Sala común 885482

En el escenario virtual de *Rural Experimenta II* la Sala común era el espacio en el que nos encontrábamos todas las participantes para compartir el trabajo realizado, presentar los avances en los prototipos, hacer reuniones de coordinación al comenzar el día... 885482 era su clave de acceso. Así que durante una semana ese espacio virtual se convirtió en nuestra plaza, la asamblea diaria donde encontrarnos en la distancia. Medía el pulso del laboratorio y nos permitía vernos y escucharnos brevemente. En el chat de la sala comentábamos cada tanto las ganas de conocernos, de compartir tiempos y tactos. Si algo echamos de menos en este proceso intenso de creación y conocimiento, sin duda fue la corporeidad de las otras.

Durante una semana creamos entre todas una comunidad, efímera, pero comunidad con todo lo que esto implica. Personas diversas en nuestros lenguajes, formas de estar e identidades. Mediadas por la tecnología que no ayuda a los matices, precisamente. Con dudas, tiempos ajustados y objetivos finalistas. Impulsadas por intereses comunes y visiones distintas. Una comunidad. Y los cuidados, imprescindibles en nuestra cotidianidad, en cualquier espacio de nuestras vidas, de nuestras comunidades estables, debían estar necesariamente presentes. Quizá más por ser este un territorio extraño en el que nos hacemos también más conscientes de nuestra vulnerabilidad, de la dependencia de otras.

Nombrar los cuidados no implica, necesariamente, trabajar los cuidados. Y sin embargo, en un contexto en el que se reúnen un grupo grande de personas que no se conocen previamente, y que deben trabajar y convivir durante la mayor parte de las horas del día, en un espacio más o menos delimitado y con un objetivo final que cumplir, el cuidado emocional de todas las personas que participan en el proceso debe tener una centralidad muy clara, atendiendo a las diversidades relacionales, los tiempos y las formas de comunicación que usa cada una.

Hablar de cuidados significa también nombrar las distintas formas de ocupación de los espacios (reales o virtuales) de unos y otras. Del reparto de tareas y de la autoridad que se da o se toma. No hay un afuera de esta sociedad patriarcal en la que vivimos, por tanto no estamos libres de reproducir conductas que generan jerarquías y tensiones en espacios colectivos. El territorio virtual parece ser un entorno 'cómodo' para des-cuidar a las otras porque hay una distancia que protege y sirve de coartada, aún poniendo voz y cara a quien des-cuida.

Quizá sea tan urgente como necesario imaginar y transformar las formas de cuidarnos a través de las comunidades virtuales, ya que parece que van a ser, cada vez más, los escenarios frecuentes de nuestros encuentros.



Fragmento 5. Enraizarnos

Hablaba con Ángel Portolés de *Rural Experimenta* meses después del primer laboratorio. Él había participado como mentor y tiene, además, una experiencia muy larga en iniciativas comunitarias desde lo rural. Comentaba lo necesarias que son este tipo de propuestas *por plantear toda una serie de retos que nos obligan a salir de nuestra zona de confort. El intercambio ha hecho posible el desarrollo de una comunidad tanto de afectos como de aprendizajes y prácticas que ha superado con creces las mejores expectativas que hubiéramos podido soñar. Se ha creado, comentaba, un nuevo espacio de relaciones en el que, de tanto en tanto, iremos encontrándonos y colaborando.*

Y al fin de eso se trata, de estar conectadas en la era de las conexiones. Durante el primer laboratorio rural, las personas participantes crearon un grupo en una red de comunicación móvil. En ese momento aún compartíamos el espacio físico, pero el grupo nos permitía compartir también los pequeños descubrimientos cotidianos, las anécdotas que se iban acumulando, y las bromas que destensaban la recta final del trabajo.

Las despedidas también fueron compartidas, y los retornos a los lugares de origen. Todas bien, todas cansadas y agradecidas del tiempo en común. Apenas unos días de silencio y apareció el primer mensaje para contarnos de nuevo. Y desde entonces, cientos de mensajes, de información compartida, de alegría por los proyectos de las demás, de colaboraciones, de citas para encuentros puntuales en jornadas, seminarios, conciertos... Y de imágenes cada vez que dos (o tres o cinco) nos encontramos en algún lugar. Hemos creado una comunidad que ha superado las distancias y que sigue alimentando lo colectivo.

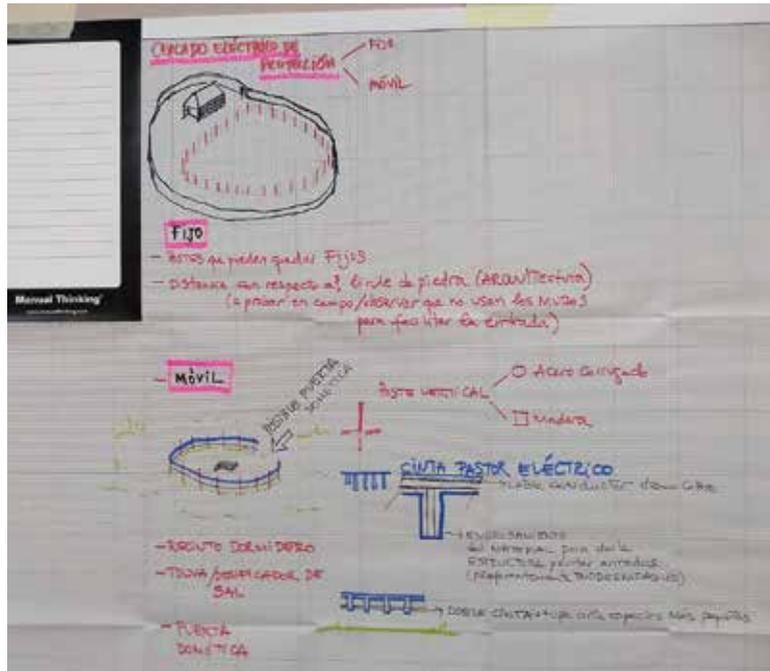
Eso pretendían también Seila Fernández Arconada y Nacho Zubelzu, mediadoras de *Rural Experimenta II*, con su propuesta de *Enraizarnos* a Requejo, al valle de Campoo, crear un vínculo con el territorio a

través de las raíces -reales y simbólicas- del acebo y de un puñado de tierra de cada una de nuestras tierras. Y de nuestras voces.

En los tiempos que corren este acto se carga de significado y abre nuevas posibilidades al incierto futuro que vamos percibiendo. Una comunidad elegida de afinidades. Un espacio creativo y vivo. ¿Una nueva oportunidad de repensarnos? Desde la tierra, con mirada autocrítica y hacia lo común. Los territorios rurales de todo el estado se presentan ahora bajo una luz diferente. Quienes los habitan tienen mucho que decir sobre su presente y su futuro. Quienes los recuerdan no debieran hacerlo desde la nostalgia de algo que quizá nunca fue. Quienes los imaginan, ¿tendrán la capacidad de reinventarlos?

La mía es una más entre las distintas voces que aparecen a lo largo del texto. Están, por supuesto, las de las personas que han participado como promotoras y colaboradoras en las dos ediciones de *Rural Experimenta*, cercanas al centenar. Las de los equipos de organización, coordinación, mediación y mentoría. Las imprescindibles de las habitantes del valle de Campoo y de Santu Adrianu. Y las de quienes nos han ido interpelando a lo largo de los procesos de organización y desarrollo de los laboratorios.

A todas gracias por removerme y pincharme. También a las que no están porque dejan constancia de los límites y también de las oportunidades.



↳ **Eva Martínez Álvarez** nació en Allande, Asturias. Estudió Historia en la Universidad de Oviedo. Desde 2003 trabaja en la Asociación Cambalache, realizando tareas de formación, coordinación de grupos de trabajo o edición de libros. Es miembro de la Asociación La Varagaña. Agroecología y Género desde 2017, con la que desarrolla proyectos de investigación y formación en los ámbitos de la agroecología y el enfoque de género. Desde febrero de 2019 forma parte del equipo de La Ponte-Ecomuséu como responsable de difusión del patrimonio cultural y en el desarrollo de talleres de historia oral y memoria. Ha colaborado en la publicación de materiales didácticos y textos de ensayo relacionados con el análisis de la realidad del mundo rural asturiano, la alimentación y los impactos de las políticas agrarias sobre el territorio. Participa activamente en movimientos sociales vinculados con la agroecología, los feminismos y las migraciones.